

dar testimonio del fin de la oligarquía peruana, acosada desde 1968 por el gobierno izquierdista del general Velasco Alvarado, cuando en realidad había iniciado el *marcelprousteo* que había de consagrarlo como representante destacado de una narrativa cada vez más interesada en la recuperación del pasado en sus dimensiones personales e íntimas.

Se había entrado en el *postboom* o *boom junior*. Naturalmente, estas etiquetas no aclaran el proceso seguido por la narrativa hispanoamericana reciente si suponen un conjunto de características que cada crítico o cada autor elabora según su visión personal del problema. Pero tal vez resulten útiles si se conjugan con una visión históricamente fundamentada de ese proceso, que no ignore la libertad del escritor para elegir temas y técnicas narrativas, pero que tampoco olvide la relación dialéctica que se establece entre la literatura y el contexto histórico y social en que surge. A fines de los sesenta no se produjo una crisis del *boom* (los escritores y las obras que lo representaron disfrutaban de un prestigio consolidado e incluso creciente), sino del discurso antirracionalista, que empezaba a ser contestado con contundencia desde distintos frentes. Uno de ellos fue la revolución cubana, que durante aquella década había sido un estímulo para superar el pesimismo existencialista y reencontrar las esperanzas en el presente y en el futuro. Muchos escritores se habían mostrado dispuestos a colaborar con ella, convencidos de que la literatura propiciaría un cambio de mentalidad frente a las mentiras oficiales que sostenían en Hispanoamérica un orden social injusto. La herencia surrealista había fomentado esa pretensión y seguía alentando un espíritu rebelde aprovechable en las nuevas circunstancias, pues se creía en el mito como una posibilidad de modificar las estructuras mentales, asociando el antirracionalismo a las pretensiones revolucionarias. Pero las dificultades que entrañaba esa conciliación no tardaron en manifestarse: a partir de 1968 la radicalización del régimen castrista denunciaría las tentaciones metafísicas en que había caído el realismo mágico, que al insistir en la dimensión mítica del mundo latinoamericano lo condenaba a permanecer al margen de la historia. Las urgencias políticas potenciaron el *testimonio* (reportajes, diarios de campaña), un género de condición literaria discutible, pero valorado por su fidelidad a las experiencias personales y al pasado reciente. Su variedad más próxima a la ficción fue la *novela-testimonio*, a la que Miguel Barnet dio un impulso notable con el éxito de *Biografía de un cimarrón*.

La solidaridad con la revolución impulsó en todas partes el acercamiento a la realidad cotidiana. Eso no impidió que Macondo prevaleciese por algún tiempo como imagen de Latinoamérica. Cuando García Márquez publicó *El otoño del patriarca*, en 1975, lo hizo con la pretensión de ofre-

cer otro producto literario de inconfundible inspiración americana. Varios escritores consagrados se ocuparon por entonces de la figura del dictador, y ninguno ofreció una visión decididamente negativa de sus protagonistas. La lectura mítica de la historia permitía ver en ellos (con alguna fascinación) frutos característicos de una naturaleza primitiva, otra manifestación de fuerzas ajenas a la razón. Pero la creciente radicalización política erosionaba esa visión de la realidad latinoamericana, y en la saga *La guerra silenciosa* de Manuel Scorza se puede encontrar una prueba: el aparato mágico-realista resultó eficaz hasta la última novela, hasta que en *La tumba del relámpago* quedaron patentes las dificultades para conciliar una cosmovisión mítica con la voluntad revolucionaria, y se eligió esta segunda opción. Al finalizar la década de los setenta se habían desvanecido la fe en la realidad maravillosa de América, la esperanza de poder regresar a los orígenes y beber de las fuentes aún vivas de la magia y el mito, la voluntad de encontrar una dimensión atemporal ajena a las desventajas de la civilización y de la historia. El discurso propugnado por la revolución había contribuido a dinamitarlas en aras de la esperanza en la transformación de la dolorosa realidad de cada día.

Desde luego, ese no fue el único factor determinante de los cambios. La narrativa de México no tardó en decidir que algo se había roto en 1968, con la matanza de obreros y estudiantes perpetrada por el ejército en la plaza de Tlatelolco. Más duras fueron las experiencias sufridas en otros países: en 1973 se instalaron dictaduras militares en Chile y Uruguay, y a partir de 1976 la represión había de alcanzar en Argentina una brutalidad inimaginable. Tales circunstancias se volvían contra la ambigüedad de la América mágica y del discurso antirracionalista pues, en la medida en que la realidad descubría sus limitaciones, se adquiría conciencia de que la fantasía había servido a menudo para ocultar las carencias y justificar las derrotas. Al desatarse la represión, el discurso revolucionario resultó fortalecido: se extendió con el rechazo de los regímenes militares, pues la solidaridad con las víctimas exigió el compromiso de muchos intelectuales que hasta entonces se habían mantenido al margen de los conflictos, y la oposición de los enemigos y disidentes contribuía a completar su condición épica. En esa atmósfera la literatura adquirió un tono militante que contrastaba con el pesimismo asociado a las inquietudes metafísicas y existenciales del pasado. Pero el tiempo había de jugar en su contra: al alentar las esperanzas de cambio, el discurso revolucionario había impulsado el desarrollo de nuevos planteamientos utópicos y a su manera (que a veces resultó conciliable con la precedente) también míticos. A su crisis habían de contribuir no sólo el fracaso de los proyectos aplastados por las dictaduras, sino también los